

Los ratones

por Jesús Carazo

Para Moisés García de la Torre.

Cada verano, al cruzar los Pirineos, quería yo saber el momento exacto en que entrábamos en Francia. ¿Sucería eso al enseñar los pasaportes al funcionario de aduanas o, un poco antes, cuando pasábamos aquel puente donde ondeaban las banderitas? Mi padre decía que era el río el que separaba los dos países. Entonces, ¿a partir de allí, la gente hablaba ya *única-mente* francés?, le preguntaba yo con un estremecimiento. Y es que en esa época me parecía terrible y desalentador que, a sólo unos metros de España, todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo para emplear aquella lengua endiablada que yo apenas comenzaba a comprender.

Papá y mamá se habían separado hacía unos años y, como no vivían en la misma ciudad, yo pasaba los inviernos con ella y los veranos con él. Su ruptura había tenido lugar siendo yo muy niño, y eso me había hecho crecer en una doble existencia que, en los últimos tiempos, venía desarrollándose además en dos países diferentes. Al terminar el curso dejaba, pues, mis cuarteles de invierno para irme a vivir durante unos meses con el propietario de aquella voz que me hablaba por teléfono y de la mano que escribía postales y cartas. La voz recobrabá entonces su rostro, y la mano, su brazo y su cuerpo, y allí donde antes se hallaba mi madre aparecía ahora un hombre alto que hacía conmovedores esfuerzos por ocupar un lugar en mi corazón.

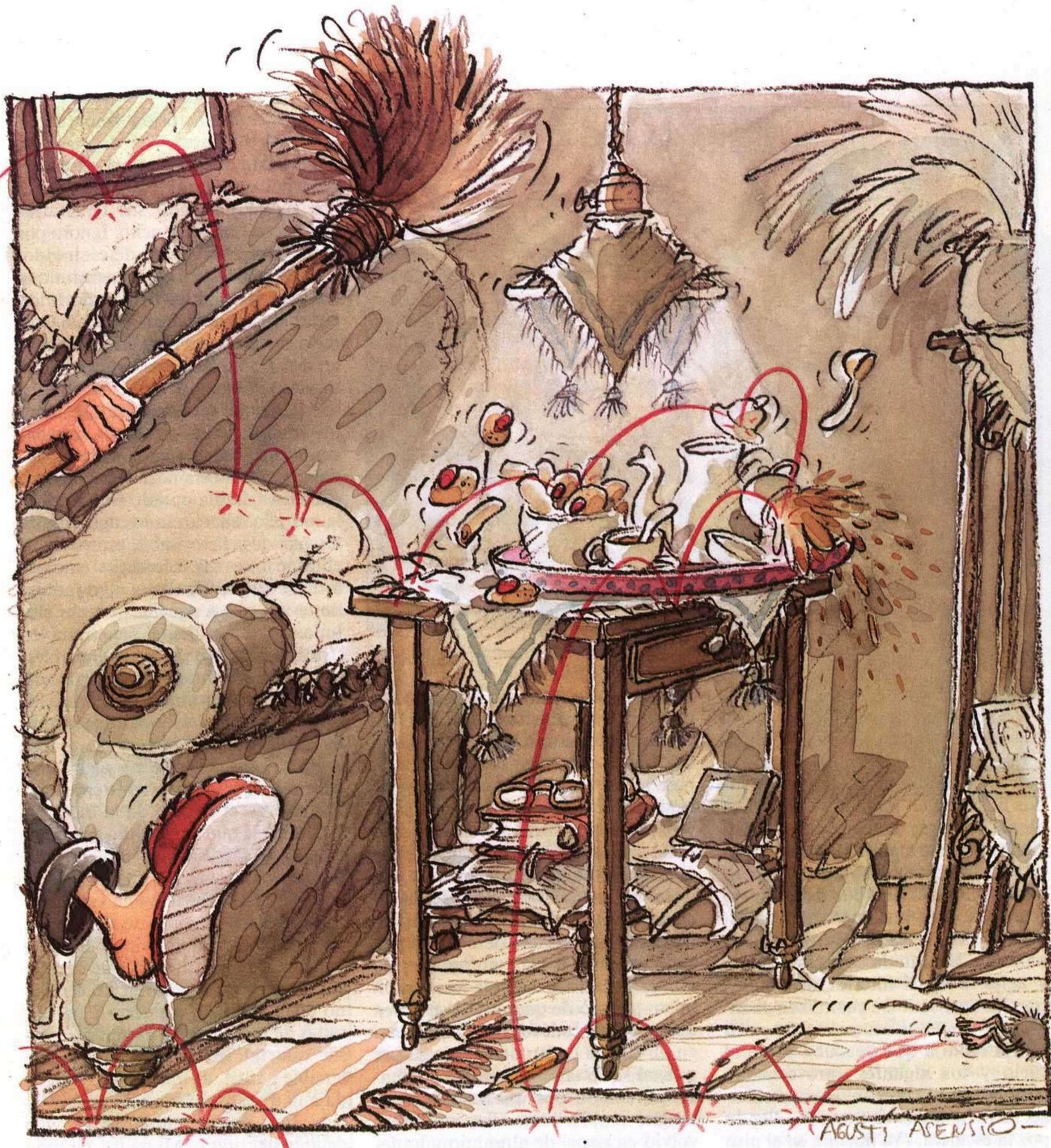
La mayor parte del verano la pasa-

ba yo en compañía de dos adultos vegetarianos, amantes de la música sinfónica y poco aficionados al balompié. Uno era mi padre. El otro, una francesa llamada Charlotte. Mi padre la había conocido hacía unos años y había tomado la costumbre de incluirla en sus novelas eligiendo siempre los rasgos más inefables de su personalidad. (Debo confesar que no era preciso hacer un gran esfuerzo para descubrir en ella alguna manía divertida o sorprendente.)

Durante el mes de julio nos alojábamos en una casa vieja y destartalada que Charlotte acababa de comprarse en el centro de Burdeos. Si uno hacía abstracción de fisuras y desajustes, aquélla era una vivienda agradable y llena de divertidas sorpresas. Por ejemplo, a ciertas horas del día (pero preferentemente cuando había visitas) era posible ver cruzar el salón a un minúsculo ratoncito gris que adoraba esas inesperadas apariciones. Por supuesto que la idea de atraparlo de algún modo en una casa llena de inaccesibles recovecos era algo impensable. Tampoco las trampas de madera o los polvillos envenenados parecían ejercer sobre él la más remota seducción. Aquel animalito debía de ser un superviviente de las redadas exterminadoras de madame Berget, la anterior propietaria de la casa, y, como tal, sobradamente preparado para olfatear las ingenuas artimañas de mi padre. De cuando en cuando había, sin embargo, alguna sesión de memorable acoso nocturno durante la cual lográbamos arrinconarlo unos

minutos entre el sofá y la pared del salón o entre la nevera y la cocina de gas. Antes de desaparecer hasta el día siguiente por alguna disimulada rendija, solíamos verle asomar un hociquillo tembloroso, avanzar un par de centímetros y retroceder como una exhalación al descubrir a su lado la amenazadora silueta de un gigante enarbolando una escoba. Ni siquiera había tiempo para descargar el golpe. Esperábamos de nuevo en la más absoluta inmovilidad mientras mi padre suspiraba en voz baja por tener en las manos una carabina de aire comprimido, único medio, según él, de acabar con la vida del intruso. En esos momentos de suprema tensión, yo me preguntaba cómo era posible que un animal tan diminuto pudiera proporcionarnos tan apasionantes veladas cinegéticas. Al cabo de unas semanas, todos le habíamos cogido un admirativo cariño, igual que a un enemigo leal e indomable, y, cuando sucedió lo que tenía que suceder, cada cual debió de sentir en su alma la punzada de una amarga victoria.

Creo que fue a mediados de julio cuando nuestro heroico roedor decidió presentarnos a su familia. Mi padre lo vio pasar una noche por el saloncito, acompañado por otro ejemplar de su especie, de pelo muy claro y algo más pequeño. Esa inesperada invasión volvió a despertar en el autor de mis días aquel atávico instinto persecutorio (sin duda herencia de pasados prehistóricos y hambrientos). Lo siguió cautelosamente y pronto descubrió que se habían metido en



AGUSTÍ ASENSIO.

el horno de la cocina de gas y andaban comiéndose las migajas de unos pastelillos de hojaldre que solíamos calentar allí dentro. A través del cris-

tal de la puerta —que semejaba la pantalla de un televisor—, el espectáculo de dos ratones haciendo equilibrios en las barritas metálicas tenía

mucho de película de Walt Disney. Mi padre permaneció unos segundos contemplando el programa antes de que le viniese a la cabeza la idea



AGUSTÍ ASENSIO.

de abrir la llave del horno y asfixiar a los roedores en medio de su febril banquete. Tal vez esa nueva arma se revelara más eficaz que las tradicionales. Llamó a Charlotte y entre los dos pusieron en marcha su diabólico plan. Mientras comenzaba a escucharse el alarmante siseo del gas, montaron la guardia junto a la cocina para impedir la salida de los intrusos. Tras unos instantes de perplejidad, éstos desaparecieron de la pantalla. Enseguida se les oyó correr y agitarse en el interior de aquella trampa de metal. De cuando en cuando, uno de ellos asomaba el hocico por la rendija que quedaba junto al suelo y los gigantes aprovechaban para hostigarlo con un nuevo escobazo. El olor a gas se fue extendiendo por la escalera. (Yo dormía en el piso inferior, ajeno a esas siniestras maniobras que me hubieran inclinado sin duda del lado de los más débiles.) Era una cuestión de resistencia, por supuesto, y pronto se demostró que en ese terreno los ratones superaban a sus

perseguidores. Cuando la cocina comenzaba a transformarse en una bomba peligrosa, Charlotte y mi padre decidieron cerrar la espita por temor a que un chispazo de la nevera acabase a la vez con víctimas y verdugos.

Al día siguiente, sin embargo, el recién llegado apareció muerto en una de las ratoneras emplazadas desde hacía meses en el piso de arriba. Las llamadas a la sensatez de su veterano acompañante debían de haber sido inútiles frente a la rotunda fascinación de un pedazo de queso. Fui yo quien descubrió su cadáver por la mañana, en un rincón de la cocina. No sé por qué, al verlo tan diminuto e indefenso, aureolado por una manchita de sangre, rompí a llorar. Charlotte lo envolvió en papel de aluminio y lo depositó en el cubo de la basura mientras me contaba el episodio de la noche anterior. También ella lamentaba (en el fondo) que las cosas hubieran tenido ese dramático final. La gente experimenta a menudo senti-

mientos contradictorios, vino a decirme, más o menos.

Pero aún quedaba aquel astuto explorador que durante algunas semanas siguió haciendo sus temerarias apariciones en el saloncito. Ignoro por qué arriesgaba la vida de ese modo: le hubiese bastado con esperar a que todo el mundo estuviera dormido para iniciar sus diarias batidas. Casi me atrevería a decir que había como un desafío insolente en aquella curiosa actitud.

Al final del verano, Charlotte compró dos bombonas metálicas cargadas con una sustancia fuertemente expansiva. Ya que no era posible acabar con el intruso, había optado por cortar la retirada rellenando los agujeros de las paredes. Pero había tantos en el edificio que fue necesario emplear toda la carga. Resultaba algo inquietante ver cómo aquella materia globulosa y amarillenta penetraba en rendijas y huecos y, siguiendo la inescrutable trayectoria de las tuberías del agua caliente, asomaba por el piso inferior creando insólitas formaciones de estalactitas.

Pocos días después, mi padre descubrió a aquel último resistente agonizando en el rellano de la escalera. Es probable que, impulsado por la soledad o la angustia, se hubiera visto obligado a probar los polvillos venenosos que Charlotte había esparcido por todos los rincones de la vivienda (y que el ratón había evitado durante meses). Me pregunto por qué decidió agonizar precisamente allí, en el rellano de la escalera, expuesto a las miradas de los gigantes. Estremece pensar que tal vez se trataba de algo terrible y sutil, de una actitud parecida a la de esos mártires de la revolución que deciden quitarse la vida delante del tirano. Mi padre, en todo caso, se apresuró a abreviar su agonía con un escobazo definitivo. Ignoro si en ese instante experimentó también aquellos sentimientos contradictorios de que hablaba Charlotte.